



PARQUES EÓLICOS Y COMUNIDADES WAYUU

El 9 de octubre pasado el parque eólico Jepírachi en la Alta Guajira dejó de operar. La opción de transferirlo a las comunidades wayuu, que se anunció con bombos y platillos, no se dio y por el contrario se está en el proceso de desmonte. Fue el primer parque eólico en Colombia. Una experiencia de 20 años que vale la pena valorar, particularmente por los planes de energía eólica que está contemplando el país.

La nación contempla como una política pública estratégica la transición energética. La Guajira esta llamada a tener un rol protagónico, dado que allí soplan vientos con velocidades cercanas a 11 m/s que doblan el promedio global y se tiene la opción de producción de energía eólica en tierra y costa afuera. A ello se le suman las capacidades para producir energía solar (irradiación solar de 6 kw/m²/día mientras que el promedio global es 3,9); energía mareomotriz (aprovechamiento de las mareas), energía azul (energía que se obtiene por la diferencia en la concentración de la sal entre el agua de mar y el agua de río) e hidrógeno verde (relacionado con las reservas potenciales de energía eólica, solar y disponibilidad del agua).

Si el objetivo de desarrollo es la gente, los resultados financieros y ambientales de este proyecto eólico contrastan con los resultados sociales a nivel de las comunidades. Desde una perspectiva de desarrollo, deben resaltarse aportes positivos como vías, jagueyes, plantas desalinizadoras de agua, gestión de capacidades de mujeres tejedoras, tendidos de redes eléctrica, un pequeño muelle para la pesca artesanal y recursos entregados a las comunidades por compensaciones; sin embargo, es crítico que estos resultados poco cambiaron las condiciones de vida de las comunidades donde se ubica el proyecto o sus alrededores; la incidencia de la pobreza multidimensional según el Censo Nacional Agropecuario de 2014 en el área rural dispersa de comunidades étnicas en Uribia era de 89,5%, cuando a nivel nacional en áreas dispersas era de 45,7 (la mitad). Los resultados positivos en lo energético no generan los impactos sociales que se esperaban ex ante. Por tanto, en términos de desarrollo es una inversión cuestionable.



¿Qué explica que los apoyos brindados a las comunidades no hayan conllevado mayores cambios? Los efectos negativos del proceso de consulta en buena medida están asociados a dos aspectos: los procesos de participación y los proyectos de vida. Los wayuu se organizan social y políticamente en grupos familiares, que no siempre se reconocen entre sí, incluso si cuentan con el mismo eirruko o casta. Solo el tío materno mayor o t'alaüla tiene la capacidad de convocar y persuadir al grupo sobre una iniciativa, nadie más los representa dentro del orden establecido desde los tiempos referenciales del pasado denominado wayuu sumaiwa.

Por ello casi siempre los actores del gobierno y los consultores que actualmente recorren el territorio haciendo estudios y consultas previas para el montaje de diferentes plantas generadoras de energía eólica, señalan que los wayuu viven divididos y es imposible lograr la unificación de las comunidades de la etnia. Por otro lado, los wayuu esperan que las relaciones consideren plenamente la organización social y política ancestral, es decir, al apushii de origen materno que habita un territorio en el que se puede de-

mostrar su preexistencia y la sobrevivencia. Por otro lado, los procesos de consulta no tienen en cuenta los proyectos de vida de las comunidades y el final se crea una dependencia respecto a las compensaciones, que atentan contra la cultura wayuu. Los apoyos que reciben no crean las condiciones para cambiar la vida en las rancherías, en particular en un escenario post proyecto.

Por evaluaciones en que ha trabajado Econometría, se encuentra que la experiencia de la Fundación Alpina en la misma Alta Guajira podría dar insumos para una respuesta. La Fundación, actuando como un laboratorio social, luego de 10 años de trabajo muestra como una intervención que inicia con procesos de consultas a las comunidades puede llevar a buenos resultados; en concreto se generan impactos en variables como desarrollo de capital social, ingresos y seguridad alimentaria, al tiempo que las inversiones son positivas al analizarse en términos de beneficios y costos.

En el sistema electoral colombiano los votos del preconteo se consignan en los formularios E-14, que son una especie de vademécum diligenciados por los jurados de votación de las mesas y “vigilados” por los testigos electorales. Violentar los E-14 equivale a sostener una relación no consensuada con la pureza del sistema electoral, es una expresión del ultraje de la dignidad y por demás, la demostración de lo que somos como sociedad y la reticencia que profesamos por abolir las malas costumbres y los antivalores que heredamos vaya a saber de quién. Porque como lo consigna Alejandro Gaviria en su último libro, *La explosión controlada*, “las reticencias epistemológicas riñen con las demandas de la futurología de la sociedad”. Pues, esas reticencias hablaron en las elecciones del pasado 29 de octubre a través del consenso de la trampa de algunos jurados, quienes en una concertación de voluntades mancillaron la confianza ciudadana y como “Garavitos modernos” forzaron los resultados en algunos centros de votación (por fortuna pocos) para contribuir a la causa de sus amigos o jefes políticos. Los notarios de la verdad electoral, nivelaron las mesas con la suma y resta de sus anteojos y propiciaron, gracias a una lección de docencia mañosa, unanimismo del 95% en torno a un candidato, a quien muchos de los residentes del lugar no alcanzaron a conocer ni en afiches.

Equivocarse adrede en la aritmética electoral básica, equivale a resquebrajar la obligación natural de un voluntariado, que, llamado a ser el árbitro de una elección, descarta la imparcialidad como conducta y opta por trastabillar en la oscuridad de la trampa previamente calculada. Y no solamente se yerra por la condición de humano imperfecto o por analfabetismo funcional, la enmendadura en el formato y la deformación jeroglífica de los números refleja un pesar superior: el compromiso de los Pitágoras electorales con una causa a costa de los anhelos de un pueblo sediento de transparencia. Si, de una sociedad que sueña con un nuevo comienzo, donde la renovación de las esperanzas no sea ultrajada por los jueces del arbitrio, quienes “evitable” contumacia refrendan el testimonio de su afrenta.

Sobra decir, que, en la mayoría de las ocasiones, como en la novela *Nostromo* de Joseph Conrad, este absurdo del clientelismo se alimenta de la complacencia esbirra de quienes, al servicio de la ilegalidad, festejan las astucias premeditadas por los patrones del mal de nuestra política. Si, de aquellos que al encontrarse en los escrutinios con la doncella recién despojada de su inocencia, se dedican a defender con vehemencia sus triunfos espurios y las fechorías de sus siervos.



CESAR ARISMENDI

X [cesararismendi9](#)

Instagram [arismendicesarantonio](#)